

El diario tiene dos títulos: a veces es «Nautikon», a veces «Abandonado a bordo». Abandonado de verdad, no. ¿Acaso trae cada uno su parte de suelo y su parte de océano?

\*

2-X.- Las siete sirenas lejanas: uno mismo, el cielo, la felicidad, la aventura, el largo atajo llamado poesía, la esperanza vendida y la saudade sin objeto.

\*

Pero la vida, que a salvo esté, nos sorprende; Ieoana, la amiga griega, de la que hace días que no sé, tiene la ocurrencia de llamarme. Emboscada: casi no puedo usar mi turno, ella se pone desde el otro lado a hablar, cosas impalpables, en su fino idioma. Desentiendo; espero. Y ella habla, arrulla, parla, graceja, grecisa, verso o prosa, sin pausa. De repente, tras un dual y un aoristo, cuelga. Y cuando llamo, a mi vez, no coge el teléfono.

\*

La gloria, el peso y el oprobio de una «feijoada».

\*

*Miligramo* –palabra fría.

\*

Almuerzo con Ieoana, en «La Rotonde», donde hay comida vasca y orquesta magiar. El vino es un Sancerre *fruité* –sabor de melocotón y aroma blanco de rosas. La *garçonette* es una «stéphanoise», porque nació en St. Etienne. Garrapateo «Nautikon» en el mantel de la mesa, y pregunto a Ieoana si aquella palabra existe.

– ¿Naftikon? Es la marina.

– Soy yo mismo.

– ¿Un enigma?

– El «Nautikon» resuelve todo...

– Lo que lo resuelve todo es el teatro. Amo el teatro. Es un antiguo amor, el de todos los griegos que conozco. ¿No es el teatro una verdadera teofanía?

\*

Lo que pertenece a la luna son los gobelins, las mariposas brujas, los rostros después del amor, tu piel...

\*

Amar es que la gente se quiera abrazar como un pájaro que vuela.

\*

Ieoana me recita estrofas en griego moderno –*demotiki*– lengua que se aproxima mucho al ronroneo de un gato; de ahí, reír, lo llamaron también *romaico*. Pregunté qué era aquello. ¿Anacreonte?

– Oh no. Son de un amigo mío, chipriota, sastre en Estambul ¿Le gusta Anacreonte?

– Él está siempre llamando a la amada, o al esclavo, deseando vino...

– Él, Anacreonte mismo, es quien nos sirve el vino. Si usted fuese Anacreonte, pediría que caminase descalza sobre pétalos de rosa, y después me besaría los pies...

– Y si...

– No, no; disculpe. Hablo de versos, ¿es usted Anacreonte?

– *París m'absorbe et m'affole...*– me decía Ieoana. –Soy muy griega...

– Toda griega, puro tipo.

– Verdad. En mi aldea los turcos no pisaron.

– ¿Cuál es su aldea?

– Ninguna. Dije sólo un viejo proverbio. Soy de Esparta. Mi marido es de Atenas.

– Pero debería ser al contrario. ¿Es celoso?

– Nunca lo fue. Nosotros los griegos no somos celosos. No podemos, porque nuestro orgullo no nos lo permite. Somos alegremente orgullosos.

\*

*Ki an einai ná pethánome iá tin Helladha  
Thía einai he daphni miá phorá kanis pethêni.*

\*

Dos hombres en una canoa,  
uno a popa, el otro a proa,  
no son ninguna persona.

\*

¿Formo parte del paisaje?

\*

Si tantas veces me viste  
¿podrás saber si estoy triste,  
si voy o vuelvo de viaje?

\*

– De algún modo– Ieoana suspira –estoy desperdiciando París.

– ¿Blasfemia?

– No. Pero es que hice votos de Penélope...

\*

¡Mañana me marchó a Italia, mañana me marchó a Italia, mañana me marchó a Italia!